



La punta de obsidiana

El truco para tallar a la usanza prehistórica una punta de flecha de obsidiana, es aplicar cierta cantidad de fuerza estratégicamente medida, sobre un plano también estratégico en la obsidiana, orientado hacia los dedos, con una perfecta inclinación de 45 grados. Entonces, con una piedra que sirve de martillo, se dan golpes hacia el piso, perpendicularmente, a la vez que el brazo descansa sobre la pierna.

Pero la anterior no es una destreza que llega con facilidad, ni en el primer intento. Todavía recuerdo con horror cómo mi fallida pieza de obsidiana salió volando de mis dedos y aterrizó en el suelo con un 'clink' cristalino; sus filosos bordes pasaron a escasos milímetros del brazo de mi compañera de sesión. La introducción a la arqueología, con salida de campo en el Museo Peabody de Harvard era en esos días sin duda una clase decididamente peligrosa.

Varios ensayos después, logré obtener una punta de flecha decente. Es ovalada, vidriosa, gris oscura –casi negra– y de bordes agudos con pequeñas indentaciones que me costaron mucho trabajo afilar. Es un verdadero escalpelo, una genuina herramienta paleolítica de la era moderna. Y habiendo descifrado su tecnología, la he convertido en mi propia conexión con el pasado. ¿La habría utilizado para pelarle el cuero a un venado? ¿Cortar una fruta? ¿Abrir en dos la piel del enemigo? Si la usara hoy, dentro de cientos de años un arqueólogo recogería mi punta de obsidiana y la examinaría bajo un microscopio y vería que sus bordes están apenas utilizados y que contienen moléculas de zanahoria. Entonces me pregunto: ¿podría este arqueólogo del futuro llegar a la conclusión de que esta punta de flecha era tan sólo parte de una clase de arqueología? O ¿pensaría que el sitio está contaminado con una herramienta escapada de un pasado aún



más remoto? ¿Cómo este arqueólogo en su laboratorio del futuro entenderá nuestra cultura del presente? ¿Cómo nos estudiará, y bajo qué clase de microscopio? ¿Bajo qué clase de luz, de justicia, de respeto, de conocimiento, de simple lógica?

Si algo aprendí en mis clases, es que uno tiende a sobrepensar las cosas, cuando en realidad lo que debe aplicar es el principio de la "navaja de Ockham", según el cual ante hipótesis competitivas en igualdad de condiciones, la más simple tiene más probabilidades de ser correcta.

A manera de ilustración está la anécdota que nos dio la profesora describiendo una pasada excavación en Nuevo México donde fueron descubiertos muñecos de cerámica, chaquiras de marfil y pequeñas tallas de hueso. Los expertos se partían la cabeza pensando en el tipo de rituales que habrían ocasionado la reunión de todos esos objetos en un solo lugar. Pero no. El sitio era simplemente un jardín infantil. Así de sencillo.

Y ése es el reto que nos da la prehistoria: descubrir por qué la gente pensaba como pensaba. Para hacerlo hemos de descifrar el significado de los objetos según el contexto en el que aparecen en la excavación. Tome usted un objeto de una tumba y éste habrá perdido todo su valor arqueológico; ésa es la gran tragedia de los saqueadores en todas partes del mundo: nos dejan sin el contexto.

Tiempo después me encontraba en la tienda del Smithsonian Museum of Natural History en Washington, al lado del arqueólogo Dennis Stanford, esta vez observando unas puntas de flecha sumamente especiales. Eran elegantes, formadas con exquisitez, grandes y talladas en piedras coloridas; más delgadas que las burdas puntas fabricadas por pueblos anteriores. Evidentemente, un salto cuántico en la carrera armamentista del humano moderno.

Stanford, emocionado, expresaba su convencimiento de que esas herramientas evidenciaban el enlace entre los solútreos (un pueblo de la Edad de Piedra que habitaba lo que hoy es la región vasco-cantábrica de España y de la Aquitania francesa, a orillas del golfo de Vizcaya) y los primeros americanos. El arqueólogo estaba por terminar de redactar su revolucionaria teoría sobre cómo los primeros pobladores de las Américas habrían salido de Europa hace 20,000 años, bordeando los hielos del entonces congelado Atlántico Norte, para llegar al Nuevo Mundo, adelantándose varios miles de años a los que llegaron por el estrecho de Bering.

Su dicha no tuvo límites cuando encontró, en suelo norteamericano, puntas de flecha idénticas a las solútreas europeas. Empero, para establecer el enlace entre ambos grupos humanos, la similitud de las puntas de lanza no era suficiente. Había que saber si usaron la misma tecnología para tallarlas porque el método es específico de cada cultura.

Fue entonces cuando decidí revivir mis clases de Harvard y aprender, de manos del arqueólogo Stanford, el avanzado golpe de piedra de los solútreos, produciendo una escama que abarcaba de un lado al otro de la hoja de obsidiana. Crear herramientas de piedra es como hacer música: sólo hay unas pocas notas pero con ellas es posible componer desde el rock hasta la clásica. En cuanto a mi primera punta de flecha de obsidiana de suave textura y bordes asesinos, ahora reposa en el alféizar de mi ventana, en espera de confundir y burlarse del futuro con mentiras acerca del pasado. **M**